

EL CARDOZA Y ARAGON QUE YO CONOCI

Carlos Monsivais*

En la cultura reciente de México, el papel de Luis Cardoza y Aragón fue muy relevante como escritor, como crítico, como pensador. No concebimos por ello la cultura mexicana sin su activa, fecunda y creativa participación.

Pedro Vásquez Colmenares
Embajador de México.

La Universidad de San Carlos de Guatemala, y la Rectoría de la misma en particular, se siente sumamente honrada de poder presentar a ustedes una conferencia denominada **Luis Cardoza Y Aragón, en México y Guatemala** y qué mejor que la conferencia, la valoración, la ponderación de la obra del maestro Luis Cardoza y Aragón sea realizada en esta ocasión por don Carlos Monsivais, un distinguido escritor y crítico mexicano, quien, al decir del propio don Luis Cardoza y Aragón, era una de las personas más indicadas e idóneas para poder valorar y justipreciar su obra.

Alfonso Fuentes Soria
Rector Magnífico, USAC.

LUIS CARDOZA Y ARAGON EN MEXICO Y GUATEMALA.

L La última vez que vi a Luis Cardoza me comentó sonriendo, con esa sonrisa que en los años treinta le valió en México el calificativo de Lobo Feroz, acerca de la conferencia y me dijo: *Cuenta muchas mentiras para que mis paisanos me crean importante*. No necesitaré contar mentiras porque estoy convencido, y sé que lo están ustedes, de la importancia de Luis Cardoza. Más bien intentaré hacer evocaciones, prescindiendo esta vez de un texto escrito porque de alguna manera así lo conversé con Luis, que prefería que yo contase mis impresiones de él. Estas impresiones llevan un orden más o menos cronológico que, por otra parte, estaba muy presente en Luis. El, sin quererlo y además sin que formase parte de ninguna vanidad, era muy dado de pronto a contar, a relatar partes de su vida. Por muchos años, muchos domingos en la noche, me tocó ir a cenar a casa de Luis Cardoza y de esa manera fui siguiendo el proceso autobiográfico que después culminaría en **el Río**, un libro que ya resume toda su experiencia, aunque de ninguna manera pueda calificarse de totalizador. He encontrado muchos otros textos autobiográficos y en su quizá último libro, junto con las colaboraciones de El Nacional llamado El Brujo, Cardoza despliega de nuevo su sensibilidad autobiográfica utilizando muchos de sus amigos como sujetos de parábolas, apólogos o fábulas, entre ellos Octavio Paz.

Luis Cardoza nace en 1904, en Antigua, aunque ésta fecha he visto recientemente que

* Mexicano, escritor, crítico literario, realizó estudios de Economía, Filosofía y Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México, ha publicado más de diez libros, muchos de ellos ya clásicos, en la crónica de la vida y acontecer de México. Fue amigo íntimo y estudioso de la obra literaria de Luis Cardoza y Aragón.

está un tanto en discusión, por lo menos eso se dijo en los días posteriores a su muerte: que quizá podía ser un fecha anterior, pero no se precisó. Él convierte a Antigua en la ciudad ideal, aquella a la que uno puede adjudicarle todas las metáforas, todas las impresiones y todas las imágenes por su mismo carácter difuminado en el tiempo. Ahí tiene dos maestros en sentido formativo, Flavio Herrera y César Bráñas. Ahí también empieza una de las empresas de toda su vida, que es la lectura. Luis no era un hombre de muchos libros. No era como el caudaloso Alfonso Reyes, que vivió en una biblioteca de cuarenta mil libros. Era un hombre de constantes y tenaces lecturas. Dice en **EL RÍO**, que será mi apoyatura en esta ocasión: *Había visto en el aparador de un sastre, en la 9a. Calle cerca de la 7a. Avenida, que se vendían libros más novedosos de poetas franceses, que no se encontraban en la librería de Montealegre. Leerlos en español era casi desconocerlos más. El sastre se llamaba Funes, no sé si fue amigo de los libros, lo cierto es que vendía de preferencia autores extranjeros. Así conocí o más bien rocé algo de Baudelaire, Gorki, Verlaine, Poe, Semain, absolutamente despistado. Recuerdo un tomo grande, lo guardé muchos años, de Carducci.*

*Había en casa obras clásicas, algo de Lope, de Quevedo; teníamos Becquer, Galdós, empastado con los colores de la bandera monárquica, Wilde, Darío, Manuel Machado y no de Antonio. Nada de Baroja, Unamuno. Leíamos mucho a Rodó. Recibía mi padre revistas de España, de tendencia literaria; recuerdo **Hojas Selectas**. Mi gusto se formaba a trompicones; las lecturas eran desordenadas y pasaba de Lope, de Cervantes, de Quevedo, de Darío, a Emilio Carrere, a los sonetos de Villaespesa, a **Alma América**. Mi padre me leyó fragmentos de "La elegía del órgano". Me atrajo Miró, con **El obispo leproso**. Mi ídolo fue Darío, sobre todo los poemas mejores; me doy cuenta ahora, décadas después. "Lo fatal", "¡Eheu!?", "Poema del Otoño" y otros más los conocí en esos años, los viví entrañablemente. Comenzaba a sentir el hechizo de las palabras, el don infinito de las palabras.*

*Las familias leían ¿**Quo Vadis?**, popularizada*

*por el cine y el tema, del polaco Senkiewicz. Asimismo las novelas de mi compatriota José Milla. Me gustaron las obras de Bécquer, **Rimas y leyendas**, poesía de Heine, a quien nunca he podido leer en su idioma. **María de Isaacs**, Tagore, **Los Miserables**, **Nuestra Señora**, **El Hombre que Ríe**. No soporté **El Quijote**. No se destacaban las culturas precolombinas.*

En cuanto a tradición literaria, Cardoza, como todos los de su generación, nutre su visión del idioma en el modernismo, más exactamente en la prosa modernista. Aunque hay ecos indudables de los poetas, son los prosistas los que marcarán a Cardoza. Hasta el último momento, de una manera subterránea y en ocasiones abierta, manifestará su amor por esos descubrimientos o redescubrimientos del idioma de principios del siglo XX, que él estudió, asimiló y trascendió. Desde luego, está la poesía y prosa de Darío, está Nervo, está Gómez Carrillo, de quien en un momento dijo Cardoza: *está inmortalmente olvidado Gómez Carrillo*. Está Pepe Milla. Creo que en un futuro, en todo ese reexamen de las literaturas nacionales, las semejanzas, las contaminaciones y las atmósferas participativas, habrá que ver la relación de Gómez Carrillo, este cronista para mi muy revalorable, y Cardoza lo criticaba, se acordaba de su decadencia, se reía de algunas de sus metáforas pomposas y, sin embargo, acusaba el peso o la huella de su lectura.

Hay también, desde luego, la fuerza de la tradición nacional guatemalteca, la riqueza y la pobreza del mundo indígena que, para él, fueron tan absolutamente determinantes. Es en París en donde él empieza su lectura de las literaturas precolombinas. Pero desde antes, y como lo afirma numerosamente en **EL RÍO**, está marcado por la densidad, por el sentido de la forma y por la intensidad de las culturas indígenas.

En todo el examen que Cardoza hace de Carlos Mérida, que es en él reiterativo, va y viene en la lectura de su obra plástica; tiene dificultades personales con él porque, en 1978, Mérida acepta una condecoración. Sin embargo, en el ensayo final sobre Mérida y en muchos

otros ensayos parciales, es posible ver al mismo tiempo una revisión de la obra portentosa de Mérida que recientemente hemos visto en México por fin en una exposición de conjunto que nos muestra su excelencia, variedad, experimentación y fuerza como nunca antes se había visto. Ojalá que esta exposición pueda venir a Guatemala porque es, de veras, un reencuentro con Mérida. En todo lo que Cardoza escribe sobre Mérida hay algo, también, de lo que él vivió. Algo de este descubrimiento de América como un descubrimiento ideológico, de una temperatura a la vez ética y estética. Hay mucho del encuentro con las formas indígenas, que si no se da en su prosa, sí se da en su sentido de la estética.

En algún momento, dice Cardoza, hablando de su experiencia en la Guatemala de su adolescencia y juventud: *No pertenecía a mi clase, ni apenas a mi tiempo.* Creo yo que esta frase es contundente como todas las de Cardoza, que se especializó en el aforismo. Muchos de sus escritos, de hecho son series aforísticas, unas tras otras. Para él el aforismo era imprescindible porque daba al mismo tiempo la síntesis y la vastedad. El sentido del aforismo era ese carácter inagotable, como aquel que escribió que *la crítica de arte es la Venus de Milo que lleva en los brazos la cabeza de la victoria de Samotracia.* Esos juegos le fascinaban y no hay un sólo texto de Cardoza en donde uno no pueda extraer numerosos aforismos. Este de *no pertenecía a mi mi clase ni apenas a mi tiempo* es muy significativo. Creo que hay aquí una asunción social muy precisa y un rechazo de lo que él consideraba un atraso perpetuado institucionalmente en la vida guatemalteca.

De joven, enviado por la familia, pasa a Estados Unidos, pero esa experiencia en él no tendrá resonancia. Es París la ciudad ya finalmente formativa, como lo era, por otra parte, para todos los iberoamericanos. París era la experiencia indispensable de Darío a César Vallejo. De Alejo Carpentier a Luis Cardoza. Y todavía en otras generaciones: de Julio Cortázar, incluso a Carlos Fuentes París será una experiencia indispensable. Dice Cardoza: *descubrí mi tierra en Europa.* Esta frase de un

modo u otro está presente en muchísimas obras de esos años. Ahí también, y esta experiencia es común a los latinoamericanos, es mínima su integración al mundo francés. Quizá en este sentido es Carpentier quien más se adentra, compenetra, o se asimila al medio francés.

Pero no es el caso de Cardoza. Él trata ahí por primera vez a los mexicanos: al Abate González de Mendoza, que hace la traducción del **Popol Vuh**, a Samuel Ramos, al pintor Agustín Lazo. Trata a Ramón Gómez de la Serna, que le prolongará el libro **Maeistrom**, a Carpentier, a Vallejo, a Miguel Angel Asturias, a Huidobro. Él, en **El Río**, es muy preciso: *De Antigua Guatemala a París mi felicidad, mi gula, mi congoja, mi sobresalto eran sucesivos, justos y necesarios. En la gran ciudad, mi memoria sin nostalgia solía devolverme el olor de cuento árabe de la ciudad natal. Saltaba del Siglo XVI al XX, de buzo a cosmonauta. Ya no era el París de Toulouse-Lautrec y de Proust, el que conoció Darío, sino el de Picasso y Stravinski, el del Partido Comunista Francés, el de la Revolución Soviética, el de los surrealistas y el del neoclasicismo de Valery, Gide y Claudel.* Ahí también, y por vez primera, dada la ausencia en esa época de museos en Guatemala de la que tanto se lamentó también Carlos Mérida, Cardoza ve pinturas, que será una de sus obsesiones predominantes.

En la pintura -dice- las cosas se revelaron aún más tajantes. La pintura francesa no se veía; apasionaba en Europa y en el resto del mundo la Escuela de París. Al principio y durante varios años aconteció con la creación más válida lo mismo que con los impresionistas. El nuevo gusto académico, emanado en parte de ellos, dominaba en la burguesía, que no compraba la obra de los cubistas, de los Fauves, de los metafísicos, de los surrealistas, de los abstractos y demás, sino a bajo precio y escasamente. Paul Valery y André Gide hablan de Degas, Morrisot, Jacques Emi Le Blanche, Maurice Denis. Proust rescató a Vermeer. Murió de hambre y alcohol Modigliani y se tiró por un balcón del estudio. Jeanne, su mujer, Soutine pasaba hambre mientras se pudría la carne que le servía de modelo (...). Una norteamericana

busca a Picasso en el Bateau Lavoir (hoy destruído monumento nacional), éste dice a la visitante un precio que ella consideró elevadísimo. Recuperándose de su asombro, señalando la pila de dibujos, con intención de mofa: "¡Tiene usted una fortuna!". Picasso: Usted lo ha dicho, señora.

También París significa, para Luis Cardoza, el descubrimiento de la Revolución, de la Revolución en el sentido de cambio psicológico-cultural, de salto anímico, de correspondencia del siglo nuevo en la organización social, a lo que se da en la renovación de las formas y a los milagros de la tecnología. Para Cardoza la Revolución será a partir de entonces un término casi sagrado o un término al que rodea una admiración que se mantiene pese a las constantes pruebas de la falibilidad de los regímenes que así se ostentan. Para él, la revolución se da no tanto en lo abstracto, sino como idea cultural, estética, que tiene un equivalente en la justicia social, uno de los centros de su vida. No en vano su crónica de la visita a la Unión Soviética le llamará **Viaje al Futuro**.

En París también conoce a Alfonso Reyes, el gran escritor mexicano que para Luis Cardoza será un tema recurrente. Reyes es el gran polígrafo que escribe poesía, ensayo, cuento, notas. Es de una producción constante. Cardoza tiene con Reyes una relación de simpatías y diferencias. A Cardoza le intriga cómo tanta sabiduría, tanta vitalidad literaria de Reyes, no se corresponde con una obra que de él se podía esperar. Creo que en su examen de sus personajes literarios, Cardoza siempre y como en todos, es muy autobiográfico. De Reyes le inquieta ese no ir a fondo, esta falta de intensidad literaria, ese detenerse en el conocimiento perfecto y maravilloso de la lengua, que no se traduce en las obras maestras. Es una manera de marcar su propia posición ante el acto creativo. Otra figura que el atisba en París y que, después en México, le será obsesiva es Antonin Artaud, que le resulta lo opuesto a Reyes. Artaud es la experiencia vital a toda costa, el sumergirse en la autodestrucción como una manera de asir los hilos de la iluminación, de la vivencia, de lo que

después traducirá a la literatura. Siempre Cardoza recordaba a Artaud como el Marat de la genial película de Abel Gance, **Napoleón**. Decía que Artaud había encontrado en ese Marat, una manera perfecta de exhibir su relación con el acto creativo.

Y en París también Cardoza entra en contacto con el surrealismo, que para él será poéticamente una gran escuela de la que saldrá y entrará hasta el final. Si uno revisa su obra poética, encontrará esta lucha de tensiones con las propuestas surrealistas que Cardoza finalmente no acata. Admirador como siempre lo fue de una lógica interna del poema, no acepta de ningún modo la escritura automática.

A principios del 30 va Cardoza a la Habana. Ahí conoce a una generación brillante: Nicolas Guillén, Juan Marinelo, con quien tendrá después relaciones muy conflictivas, Porfirio Barba-Jacob, que es un gran excéntrico, una figura a la vez contracultural y cortesana, que lo mismo fundará un periódico en Monterrey, El Porvenir, que será el apologista de los dictadores. Será el primero que se ostente públicamente fumando marihuana en un momento en que esta acción era inconcebible, digamos que 80 años antes que el Cártel de Medellín, que busca asimismo desafiar con su heterodoxia sexual. Conocerá a Jorge Mañach, que en ese momento ha publicado la indagación sobre El Choteo, uno de los libros fundamentales de una etapa de la cultura cubana, y, sobre todo, a Federico García Lorca, que para Cardoza es una amistad definitiva. Recuerden ustedes que **Poeta en Nueva York** contiene **Cementerio en la Nieve**, dedicado a Cardoza. Dice en *El Río*: *Al conocer a Federico me pareció un estudiante de barba cerrada, rostro sonriente de lunares, irradiando alegría como un planeta que ejerciese sobre el ambiente cercano y el que creó en la memoria de quienes vivieron la felicidad de tratarlo, una fuerza gravitacional de la gracia más leve y profunda. Porque en García Lorca fue reiterado el juicio de verlo en lo aparentemente somero de su brisa, sin saber que ésta se había estremecido en las entrañas de los cipreses de los cementerios. Cuando cundieron sus romances por el mundo y las recitadoras los bailaban creyendo que eran*

mozuelas las toreaban con El Camborio, ignoraron que en él nada existió de la manoseada gitanería de siempre. Ahondó en España cuya nocturna voz se aferraba en la de Séneca y Manrique. En los sonidos negros del anónimo Cantaor de Albaicin.

Fue angélicamente oral, hombre de presencia escénica. Hombre que creaba su espacio. Modelaba su auditorio. Se lo echaba en el bolsillo con su poesía de niebla y de basalto.

Leía lo que trabajaba; la lectura a sus amigos quizá fue parte de ello.

Intuyo que así reparaba en fillos diminutos a suprimir, en los efectos que producía y en los vacuos, por inexactitud y por palabras perdidas. Corregía con el oído y con su asombrosa facultad combinatoria. Cobraba adustez su voz ceceada y el ademán suscinto.

Aquel hombre nos sacaba del mundo. Nos hacía vivir sin tiempo, en levitación.

Creo que en este texto de alguna manera se prueba la afirmación de la presencia abierta, subterránea, de la prosa modernista en Cardoza y además su escala valorativa. Yo creo que para Cardoza no hubo nada nunca tan importante como la poesía. Nunca tampoco hubo personajes que lo impresionaran, que lo llevaran al pasmo admirativo del modo que lo llevaban los poetas. Con Neruda, con quien tiene una relación conflictiva, existe todo el cerco admirativo que Cardoza mantendrá. En México su relación básica no fue con la gente de izquierda, sino con los poetas que en ese momento estaban marginados del pulso central, que tenía que ver con la Revolución mexicana. Todavía al final, en el libro sobre Miguel Angel Asturias, él compara a un líder revolucionario con una obra de arte. Y eso es para él el mayor elogio. Equipara su acción política con la poesía en el sentido de que para Cardoza era la cima.

En México, a principios de los años 30, Cardoza, como digo, se relaciona con un grupo que en la historia literaria tiene el nombre de los Contemporáneos, por la revista que publicaron entre 1926 y 1929 y en la que Cardoza colaboró en 1928. De este grupo dos son sus principales amigos: Jorge Cuesta, un ensayista

extraordinario, que ahora ha sido muy revaluado. Es el primero que mantiene una posición crítica que resultará muy justa sobre el nacionalismo. Y Javier Villaurrutia, un poeta que, según Octavio Paz, es el mejor del grupo. También y necesariamente se hace amigo de Diego Rivera y de Frida Kahlo, y de un pintor excepcional que también hoy se reevalúa: Agustín Lazo, que pintó un retrato de Cardoza, que por las fotos se advierte magnífico. El retrato ha desaparecido, sólo quedan un dibujo y un boceto. A Cardoza le toca contemplar la inquisición en contra de los Contemporáneos, que se da en una etapa de un nacionalismo cultural muy cerrado. Un grupo los acusa de publicar malas palabras en una revista llamada **Examenade**, un juicio político que se prosigue ferozmente en los periódicos. Finalmente este grupo tiene que renunciar a sus empleos en el gobierno en un momento en el que, para los escritores, el gobierno era todo el espacio laboral concebible. Cardoza se pone de parte de ellos, en contra de esta izquierda nacionalista, muy cerril, muy fánática, con zonas de generosidad y combatividad, pero también con zonas de un dogmatismo pavoroso. Siempre será muy conflictiva la relación de Cardoza con la izquierda en esta etapa de su vida mexicana. Él colabora en el periódico El Nacional que es el periódico del nacionalismo revolucionario, que es el gran vocero de la política del Presidente Lázaro Cárdenas. Sin embargo su actitud como crítico de Artes Plásticas que empieza a asumir, es lo opuesto a cualquier dogmatismo. Él hace una crítica a algunos planteamientos de Diego Rivera y de David Alfaro Siqueiros y obtiene una respuesta bastante enconada. Hay un juicio en lo que se llamaba entonces Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios. Yo tengo de este juicio el testimonio de tres de los asistentes: José Revueltas, un novelista extraordinario, Octavio Paz y Luis Cardoza. En este juicio, un tanto o bastante stalinista, se acusa a Cardoza. Ahí hay textos de Siqueiros, que refieren el episodio desde su muy peculiar punto de vista. Se acusa a Cardoza de defensor del purismo. Innoblemente se le acusa de extranjero que, por otra parte, no correspondía en nada a lo que era

el tono internacionalista del México de esos años, ese chovinismo barato. Se le acusa de querer pervertir la esencia del arte público con su apoyo a la pintura de caballete.

Cardoza se defiende y se defiende, sobre todo, contra su gran amigo, el cubano Juan Marinello, que es el que con más encono lo sitúa como el artempurista intolerable. Diego Rivera también hace pronunciamientos sumamente críticos de Cardoza. Con el único con el que él se lleva es con José Clemente Orozco, de quien se convierte en gran amigo y con quien mantiene una correspondencia que la Universidad Nacional recogió en el libro de Cardoza sobre Orozco, y que es extraordinaria. En esa correspondencia, Orozco da muchísimos elementos autobiográficos.

De hecho la correspondencia con Orozco es la segunda parte de la autobiografía del pintor jalisciense. *Aún conservo, dice Cardoza, el papelito desgajado de algún cuaderno de apuntes que tiró Orozco debajo de la puerta de mi apartamento, en casa ya desaparecida: "Luis: me urge verlo. Me voy el sábado a Jiquilpan. Quiero hacerle un retrato. Háblame hoy al 4-61-77 ¿Puede ir a la tarde a Coyoacán?. Orozco". No tiene fecha la nota. Lo llamé por teléfono y al día siguiente por la mañana empezó el retrato: ¿El mejor que pintó?. Se parece a Orozco tanto como a mi. Integro parecido de los dos, siendo tan disímiles. En mi retrato es tan parecido como en los autorretratos. Está más él, participan los surcos del rostro, nacidos de pasiones y furias y dulzuras. Ningún apunte previo: el color directamente. ¿Dos sesiones de hora y media que dedicó a la cara o fue solamente una sesión? Me inclino a pensar que fue una. El resto lo manchó con la impaciencia que en el retrato estalla. Es al temple; 1940. Lo pintó en las calles de Madrid, en Coyoacán.*

Orozco guardó el retrato mucho tiempo. No tenía por qué pedirlo. Un día encuentro en mi apartamento un gran paquete, lo despliego y descubro el retrato, con un marco-naranja que le iba como un tiro. Le cambié dos o tres, y aún no me gusta como está en el Museo Carrillo Gil.

La amistad de Orozco fue para mi un motivo de gratitud a la vida. Algunas veces cené en su

casa, solos los dos. Me decía: "Aquí reuní una serie de dibujos. aparte usted los que más le gusten". Los iba viendo con cuidado, separaba algunos. Luego, insistía: "Son suyos". Por supuesto nunca acepté el obsequio. Apreciaba que le discutiera y le contradijera y le comentara su trabajo. Eran magistrales varios de los dibujos escogidos, para ejercitar mi juicio y compararlo con el del pintor. Tendría ahora una fortuna, tal vez no el retrato. Jamás me he aprovechado de la amistad de nadie.

En 1940, el año en que Orozco pinta el retrato, Cardoza publica **La Nube y el Reloj**, que es quizás dentro del panorama de la cultura mexicana el libro de mayor resonancia. **La Nube y el Reloj** es un ensayo, que ahora se calificaría de impresionista, sobre la pintura mexicana. Es el primer ensayo que da un panorama y que fija criterio valorativo que no responde ya a la jerarquía de lo revolucionario que había marcado Rivera y Siqueiros, pero que los coloca en un sitio magnífico. También le da una interpretación admirativa a muchos otros pintores, que luego han resultado sujetos de la gran revaloración, entre ellos: Frida Kahlo, María Izquierdo, Agustín Lazo y, muy especialmente, Rufino Tamayo.

Antes de **La Nube y el Reloj**, no disponíamos en México de un panorama crítico de la pintura. Yo creo que Cardoza le aporta eso a la cultura mexicana y es uno de los elementos que distinguen su contribución tan extraordinaria.

Cardoza vive en el México de postguerra, en el México de la presencia y obra de Diego Rivera, y después de la Guerra Civil Española y la llegada de los refugiados republicanos, y después de la Segunda Guerra Mundial. Es el México de cabaret y de celebridades de la bohemia burguesa. Es el México de los poetas que bailan danzón hasta las seis de la mañana. Es el México en donde todo se mezcla. Es el México como el Mural de Diego Rivera **Domingo en la Alameda**, y cuya última expresión narrativa será **La región más transparente** de Carlos Fuentes. En ese México, Luis Cardoza tiene una participación muy alegre. El es el Lobo Feroz que está en el Cabaret Leda hasta las cinco de la mañana y luego trabaja en los

periódicos, hace notas de Arte Plásticas, vive lo que se está dando por primera vez: una ciudad con una zona cosmopolita y con libertades de expresión física antes impensables.

Ahora que se ha recuperado, a partir del reexamen de Frida Kalho, de María Izquierdo, etc., todo lo que significó el gran estallido, la creación de espacios de libertad, uno tiene que recordar allí a Luis Cardoza bailando con Lupe Marín en el Leda, feliz, divertido, integrado por completo. Tanto que, cuando decide volver a Guatemala, se extraña de que sus amigos le pregunten con extrañeza que por qué regresa. Se da cuenta entonces que lo sienten plenamente mexicano. El regresa por la experiencia política, por la primera gran apertura, de la cual yo creo que no hay mejor testigo y participante ahora que Mario Monteforte Toledo.

Sería extraordinario una conferencia suya sobre lo que fue la vida cultural. Supongo que ya la habrá dado, pero yo no la he oído, sobre la vida cultural en esos años y Cardoza en el ámbito de la Guatemala de los años 40. Escribe entonces Cardoza: *No he sido revolucionario. Acaso nada más he sido un hombre modesto que tuvo vergüenza desde niño. Pero esta afirmación no la sustenta cabalmente: él es en esa etapa un revolucionario que atiende el llamado de Juan José Arévalo. Primero se resiste a abandonar Guatemala, a la que ha reencontrado y luego, finalmente, acepta una posición diplomática.*

Vuelve a París del 48 al 50 y desarrolla una tarea extraordinaria. Después en el 54 viene la caída del régimen de Jacobo Arbenz. Es cuando conozco yo a Luis Cardoza lejanamente, dando una conferencia en la Facultad de Leyes en San Ildefonso explicando lo que es el régimen de Guatemala y lo que significa el golpe de Castillo Armas. Yo era, en ese momento, el representante de la Escuela Nacional de Preparatoria en el Comité de Solidaridad con Guatemala, lo que quería decir que yo era de los dos o tres estudiantes que apoyaban en la Preparatoria al Comité en un momento muy difuso de la vida mexicana. Pero Luis, extraordinario, anima a Siqueiros y a Rivera a pintar sobre el asunto. Es uno de los

organizadores de esa gran marcha del año 54 que ahora tiene una repercusión mítica, no tanto por motivos de la política sino por la presencia de Frida Kahlo, dos semanas antes de morir. Ella llega en una camioneta y la bajan. Diego Rivera empuja su carro, su silla de inválida a través de toda la manifestación. Para mí es una imagen imborrable. Cardoza es uno de los puentes entre el medio intelectual mexicano y el apoyo al régimen de Arbenz. Quizá el puente principal. Se multiplica, incluso habla con José Vasconcelos, ve al General Cárdenas, está, en fin, presente en todo lo que es ese momento tan difícil.

Y a partir de ahí Cardoza se integra ya plenamente en la vida mexicana. No renuncia en modo alguno a su condición guatemalteca, pero sí decide que no va a volver. Me consta que en dos ocasiones dos Secretarios de Relaciones Exteriores le ofrecieron a Cardoza la nacionalidad mexicana diciéndole que era mejor que la tuviese, etc... Y en las dos ocasiones él dijo que de ninguna manera, que para él lo importante no era el pasaporte sino la afiliación sentimental. Cuando en 1979 le entregan La Orden del Aguila Azteca, que es la condecoración más alta para un extranjero que otorga el gobierno mexicano, él dice que México no es su segunda patria, que no hay segundas patrias, que México es otra cosa, igualmente importante, que es su patria de elección. Hasta el final él se reivindicará como guatemalteco. El escribe luego **Guatemala, las líneas de su mano**, que a mi me parece un libro admirable. El escribe un breve ensayo, o acaso una reflexión poética llamada **Qué es ser guatemalteco?** que aquí publicó la Revista Alero. Dice ahí por ejemplo: *el exilio es la divergencia entre la imagen y la realidad. Entonces, esa silenciosa confrontación pertinaz es lo esencial: y no hay exilio puesto que vivimos una metáfora. Guatemala, soy tu Pigmaleón.*

En todas partes hay muchachas, cielo y mar, amigos y una copa de alcohol.

A veces, por desesperación, deseáramos que el exilio fuese verdadero, y no la fábula que así solemos llamar. Y, sin embargo, cuando volví a Guatemala todo me expulsaba

minuciosamente.

Me doy cuenta de cómo los nacionalismos han originado tantos crímenes, tantas limitaciones, tantos nulos anhelos.

Aún nacionalismos de país dominado. Hay otras cosas en este punto. Tú nada comprendes chovinista. La liberación cultural es imposible sin revolución. La revolución es la verdadera cultura de nuestros días.

En México Luis Cardoza hace una vida sedentaria, interrumpida por viajes, muy especialmente a Cuba. En una etapa, a Europa, a la Unión Soviética. Su ritmo de trabajo empieza a media mañana, con lectura de periódicos y con el diálogo con su gran compañera, Lya Kostakowsky o Lya Cardoza, que significará tanto en la vida de Luis. Lya es hija de un músico judío-ruso que llega a México huyendo del nazismo en Alemania. Ella será para Luis su contacto permanente, su figura esencial y un lazo incesante con la idea de la Revolución. El trabaja colaborando en periódicos. Lya hace una sección en el suplemento Novedades y luego en **Siempre!** En los años finales Luis consigue un contrato de investigador en el Instituto de Investigaciones Estéticas y puede subsidiarse su trabajo de la última década vendiéndole, al Instituto de Bellas Artes, el retrato de Orozco que será, de hecho, su mayor fuente de ingresos. Se le concede el Aguila Azteca. Publica constantemente libros sobre pintura. En 1979 el Fondo de Cultura Económica reúne su poesía completa, de la que he hecho escasa mención por las dificultades que entraña hablar de una poesía tan compleja y de niveles tan diversos. Sus dos últimas obras son el libro sobre Miguel Angel Asturias, que entiendo que aquí ha provocado una polémica. En México se recibe como un testimonio a fin de cuentas altamente valorativo sobre un escritor con el que Cardoza tuvo tantos recuerdos y tantas diferencias. Yo estuve en la presentación del libro y ahí Cardoza fue muy breve. Dijo simplemente que el mejor homenaje para un escritor siempre es leerlo y que ese homenaje se lo había hecho a Asturias. Que era un homenaje que no hacían sus panegiristas y que en ese sentido el era el verdadero lector de

Asturias porque, aunque su lectura fuese muy crítica tanto de la obra como de las contradicciones de la persona, era algo que le importaba lo suficiente como para haber escrito un libro tan voluminoso. Y finalmente **El Brujo** que es un libro que él publica por entregas en El Nacional y que después El Nacional editó muy bellamente. Es el libro, diría yo, de las confesiones finales de Luis Cardoza, el libro del desencanto y la fascinación, de la despedida y el comienzo. Hay ahí, en todos los retratos que hace de escritores que le importan, una verdadera pasión envuelta con furia, con crítica, con reticencia, con sorna. Pero finalmente, una verdadera pasión literaria. **El Brujo** me prueba que para Luis, y se que es un pavoroso lugar común pero hay que decirlo, la gran patria fue el idioma. Ahí es donde él se encontraba plenamente y donde se justificaba. También de **¿Qué es ser guatemalteco?** extraigo un fragmento que me describe mucho al Luis Cardoza de los años finales: *Escribir por necesidad de escribir, no por escribir. Y escribir para ahora mismo y escribir lo nuestro.*

La injusticia engendra la violencia.

No ha sido un sueño, tampoco una pesadilla.

Ha sido insomnio y vigilia.

Los sabes, Lya? Mi única patria es tu corazón.

Bellísimo y muy moreno mi país descalzo y sin chapines blancos.

Dije con humor y cursilería lo dicho. El humor es reto, fraternidad vertiginosa. La cursilería para intentar ser comprendido.

Oír de torturas, de asesinatos, de cárceles desde la niñez hasta la muerte en el exilio. El país cada vez más hundido, más colonizado, más injusto y bestial que cuando nacimos.

Por él quemé mis naves muchas veces. Volveré a hacerlo.

Mi barco incendiado en mi noche, desbordado de pan y sal, esplende para los Hijos del Maíz.

Ser una velita de sebo en la noche en la Iglesia de Chichicastenango.

Lya Cardoza muere en 1988 y para Luis esto es un golpe categórico. Nunca pierde la lucidez pero sí envejece, se deteriora, se abisma en soledades y melancolías cada vez más

frecuentes. Sin embargo, continúa escribiendo y respondiendo a los llamados de sus amigos. La etapa final es dolorosa. Luis tiene una caída muy severa, va al hospital y tiene súbitos momentos de pérdida, no diría de la razón pero sí de pérdida de la condición presente. En esos momentos diáloga, como si estuvieran allí de un modo muy vivo y dramático pero al mismo tiempo muy lúcido -según me han contado su médico y la amiga que estuvo con el- con Picasso, con Octavio Paz y con Lya sobre temas del arte y la política. Una de sus obsesiones es la condición guatemalteca. Hay un momento que me contó el doctor, de Luis ya muy cansado, muy harto pero sin recuperar del todo la lucidez: llega el doctor y le pregunta: "Don Luis, qué tal evacúa?." y Cardoza responde: "Se dice evacua". El médico lo asimila con nobleza profesional y vuelve a preguntarle: "qué tal evacúa". Y le vuelve a decir Cardoza: "se dice evacua". Este Luis obsesionado hasta lo último por el idioma, me resulta realmente entrañable, un escritor que nunca deja de serlo, que nunca pierde esa relación cálida, viva, prensil sobre las palabras. Se recupera. Los últimos días son de una lucidez sorprendente. Al final muere de un modo quieto. La despedida, creo yo, es importante en la medida que hay un reconocimiento general de la presencia de Cardoza en el medio mexicano. El periódico culturalmente más importante, La Jornada, le dedica toda la primera plana, homenaje que sólo había hecho en relación a Rufino Tamayo. Ahora va a haber una serie de homenajes y de visiones.

